

casi un año después de fallecer Mindszenty, quien moriría el 6 de mayo de 1975. Fiel a su carácter indomable, que le había hecho protagonista de tantos enfrentamientos con el comunismo, Mindszenty haría pública su total discrepancia con la decisión de Pablo VI, a través de un documento (fechado en febrero de 1974) que el propio Cardenal Primado adjunta en sus memorias. Sin embargo, la decisión era irrevocable y, por ello, Mindszenty reconoce haber tenido que emprender, ahora sí, «el camino del aislamiento, en un destierro total». Es así como concluyen unas memorias que deben ser consideradas como un punto de referencia para el conocimiento de un tema necesitado de nuevas aportaciones y que pone de manifiesto las extraordinarias dificultades por las que hubo de atravesar el catolicismo europeo-oriental durante casi medio siglo, hasta la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

SANZ DE DIEGO, RAFAEL MARÍA, *ICAI, 1908-2008, lo que fuimos, lo que somos* (Universidad Pontificia Comillas de Madrid, Madrid 2009), 240p., ISBN: 978-84-8468-261-5.

Este libro se va a leer con agrado y provecho, porque está escrito con simpatía y sabiduría. La simpatía se nota en el tono cordial y cercano. El autor se mueve por la historia de ICAI como en su propia casa, en la que ha trabajado como profesor y vicerrector. Y con la simpatía se junta, en este caso, la sabiduría del historiador profesional, que conoce el oficio. Se nota en la manera de organizar la materia en capítulos bien trabajados; en las atinadas contextualizaciones históricas y en uso de fuentes y bibliografía, tomadas en buena parte de las revistas editadas en la casa. Se nota también en la habilidad con que ha sabido coordinar los múltiples aspectos de una institución centenaria y compleja.

Son muchas las piezas que el autor ha ido ensamblando para construir este mosaico. Los momentos importantes de la vida cultural y académica se animan con las crónicas de la vida doméstica y cotidiana, o con las noticias de fiestas, deportes y celebraciones que alegraban la vida estudiantil. Los protagonistas de la saga, en lo grande y en lo pequeño, eran jesuitas y seglares, profesores, empleados y alumnos. Los más destacados aparecen descritos en semblanzas perspicaces, escritas algunas con el cariño de la amistad. La larga lista de nombres (recogidos en el índice final) constituye un homenaje al trabajo de todos.

Este ingente material ha quedado encuadrado en nueve capítulos. El primero está dedicado a los cimientos de la fundación. El último ofrece una ruta para el futuro, marcada por las palabras del alumno más ilustre de Areneros, el P. General Adolfo Nicolás. Los siete capítulos intermedios desarrollan la historia de ICAI, en períodos que abarcan una o dos décadas y llegan hasta el momento año en que se celebra este centenario. En los tres últimos capítulos se insertan cinco apéndices muy oportunos, escritos por ocho profesores del centro, sobre el Instituto de Investigación Tecnológica (IIT), las tres cátedras especiales y los alumnos de los cien años.

En esta historia centenaria el autor se detiene en los tres momentos que han significado un golpe de timón en la andadura de la Institución, a saber: la ruptura vio-

lenta durante de la República de 1931, el traslado del colegio de Areneros y la fundación de ICADE, que completó el estilo universitario del centro en 1960, y la integración del mismo en la Universidad Pontificia Comillas en 1978. Fueron cambios de rumbo, pero no de identidad. El autor ha sabido dar unidad a la pluralidad y se ha esforzado en demostrar que los cambios incesantes, exigidos por la adaptación a las circunstancias, no han alterado la línea de la identidad que permanece en los mismos ideales formativos.

Estos aciertos expositivos se amenizan con un estilo ágil, que a menudo se ilumina con ocurrencias ingeniosas, o se enriquecen con reflexiones sobre los trasfondos culturales, religiosos y pedagógicos que dan sentido a todo el relato.

Sobre la riqueza informativa se ha construido una historia que podríamos llamar ponderativa, reflexiva y programática. Ponderativa, porque se valoran los elementos que han dado solidez a la Institución y han sido la clave de su éxito. Aquí hay que destacar la importancia del capítulo primero, que describe la fundación desde una doble perspectiva. Los cimientos materiales de la obra simbolizan los cimientos espirituales que surgen de la Iglesia y de la Compañía; y el soporte material (el edificio) sirve de cobijo al soporte humano de jesuitas clarividentes (empezando por los tres pilares: Ayala, Pérez del Pulgar y Polavieja) y de seculares competentes y animosos. De este modo, la historia de los orígenes de ICAI se elabora a manera de tesis, en un cuadro interpretativo, cuyo mensaje originario se convierte en programa de identidad para los tiempos siguientes. Es una historia reflexiva, porque siempre se procura indagar el por qué de los sucesos, el trasfondo ambiental que los explica y los ideales que han dado sentido a cien años de realidades e ilusiones. Y una historia programática, porque —como reza el título del último capítulo: «¡Adelante!»— el pasado se proyecta como una historia inconclusa, abierta hacia el futuro.

Para no extenderme demasiado, me limitaré a comunicar las tres dimensiones y los tres acentos que me sugiere la lectura del libro.

Las tres dimensiones de ICAI han quedado bien señaladas en el libro. Son la pedagógica, la social y la religiosa; bien entendido que no forman vectores yuxtapuestos, pues los tres están íntimamente fundidos entre sí. En el fondo no son otra cosa que la aplicación, en circunstancias concretas y tiempos diferentes, del modo de ser y de actuar de la Compañía de Jesús.

- 1.º La dimensión pedagógica. En ICAI se trataba de realizar una obra educativa que atendiera a demandas que se echaban de menos en los primeros años del siglo xx. Se decidió llevar adelante esa obra acomodando la pedagogía jesuítica a lo que pedía la sociedad del momento, sin encajarla de manera forzada en moldes preestablecidos. Una escuela de obreros era demasiado poco, y por eso se organizó una enseñanza nocturna con un plan de estudios serio; enseguida se añadió un peritaje en las especialidades más modernas, y poco después los estudios de ingeniería superior, porque, según Pérez del Pulgar, estos estudios de alto nivel fomentarían el progreso de los demás. Desde el principio fue ICAI un centro educativo polivalente, como ya hace años lo definía con acierto el autor. Los jesuitas madrileños aplicaron el «tanto cuanto» ignaciano a la hora de organizar las instituciones docentes y culturales que se fueron implantando sucesivamente en Alberto Aguilera. Quitar y poner,

trasladar o instalar, perfeccionar o completar han sido una constante en la historia de la casa, buscando siempre respuestas adecuadas a las demandas sociales. Así se explica el carácter pionero de las enseñanzas impartidas en cada sector. Y dentro de cada sector, se organizaban los planes de estudios propios —prácticos y formativos—, mirando siempre de reojo a los planes estatales, que a veces estimulaban y a menudo oprimían. Esta especie de flexibilidad convierte la historia pedagógica de ICAI en un laberinto, que se complica a medida que avanzan los años. El número de estudios, carreras y especialidades, aumentadas hoy con departamentos, másters y titulaciones, requería aclaraciones temáticas y cronológicas. El autor nos ha proporcionado en este libro una verdadera guía histórico-pedagógica, que, a manera de plano, nos orienta sobre el contenido y la cronología de tantas enseñanzas.

- 2.º La dimensión social ha sido otro elemento esencial, como lo explica expresamente el autor en no pocos párrafos. La formación social se añadió a la misión docente, especialmente en los primeros años, cuando las diferencias de clase resultaban más hirientes. Por eso ICAI fue, desde el principio, además de una escuela para obreros, un centro obrero, un centro de asistencia y educación social, que rebasaba los servicios habituales en los círculos obreros de la época. La dimensión social en el primer ICAI no consistía en la dedicación a la clientela obrera en exclusiva, pues se fomentaba el intercambio de trato entre unas clases sociales que vivían sin conocerse. La pedagogía del esfuerzo, en la que insistía Pérez del Pulgar, encajaba en una formación social que valía para todos. La exigencia del trabajo bien hecho y la responsabilidad profesional valían lo mismo para los alumnos gratuitos de las escuelas nocturnas, que para los ingenieros que se ponían el mono con el mismo fervor que los novicios la sotana. El centro social dirigido por el P. Manuel Abreu tuvo que trasladarse pronto a otro domicilio, por presiones ajenas: la desconfianza del obispo y del rey. Al menos permanecieron las escuelas nocturnas, muy concurridas y estimadas, que se convirtieron en escuela de montadores con sus especialidades, y más tarde en formación profesional con sus cuatro niveles, hasta que, en 1979, se cerraron por razones que se explican acertadamente en el libro. La formación del espíritu social se actualizó durante el generalato del P. Arrupe, bajo la consigna de la promoción de la justicia. La «clara y decidida preocupación social» es una herencia que no puede perderse, y como tal aparece expresamente consignada entre las cinco constantes o ideales que se indican en el capítulo final del libro (p.216).
- 3.º La dimensión religiosa. La enseñanza cristiana es consecuencia de la educación integral que siempre ha procurado impartirse en ICAI (p.216). La segunda letra de su sigla es ya una confesión paladina de la fe católica. La dimensión religiosa es, acaso, la que mayores variaciones ha experimentado en sus formas de expresión exterior. Hasta los años sesenta la confesionalidad católica se mostraba de manera explícita y se afirmaba sin complejos, con una claridad que hoy nos resulta extraña, en discursos públicos como el que pronunció el P. Pérez del Pulgar el 9 de diciembre de 1920, en la consagración de los talleres al Sagrado Corazón: la finalidad última de la formación que recibís —vino a decir— es la formación cristiana, sin ella todo sería un tiem-

po perdido (p.72-73), o en las palabras del P. Ayala delante del rey Alfonso XIII, en 1919, cuando dijo que, por encima de la formación práctica de la juventud en la ingeniería y en la clase obrera, había otro fin más alto y espiritual: «la formación de los apóstoles de las fábricas» (p.78). La formación cristiana se acuñaba en actos religiosos obligatorios, rebosaba fervor y caridad en las congregaciones marianas y alcanzaba unas vivencias intensas, casi místicas, en el colegio de Areneros, vivero de vocaciones. En el libro aparecen todas las manifestaciones de una educación en la fe, que a partir de los cambios conciliares y de la libertad religiosa no se impone ya en actos exteriores obligatorios, pero sigue presente en el ideario y en las ofertas formativas.

Son tres dimensiones con tres acentos. Algunas peculiaridades o características del centro han sido resaltadas por el autor de una manera especial en el libro. Por eso las llamamos acentos o preferencias que aparecen: 1) en el esmero del autor en la mención de las enseñanzas técnicas; 2) en su insistencia en la capacidad de adaptación, y 3) en la valoración de la aportación madrileña en la configuración de la Universidad Pontificia Comillas.

El acento en las enseñanzas técnicas aparece en el título del libro: «ICAI», a secas, sin mención a ICADE ni a Comillas. Es un acento bien fundado, pues el Instituto ha sido el eje de la fundación, y bajo su nombre se han desarrollado las múltiples obras educativas, culturales y sociales, que quedan claramente reseñadas en la obra. Era lógico centrarse en los estudios técnicos. Hablar de las enseñanzas técnicas era una verdadera novedad en el panorama educativo de la Compañía a principios del siglo xx, pues los elementos esenciales de la *Ratio Studiorum* se habían vertido hasta entonces en los moldes humanísticos, filosóficos y teológicos. Los estudios científicos y técnicos eran el nuevo molde, capaz de recibir el humanismo cristiano en una época marcada por la industrialización y los avances de las ciencias aplicadas. Resulta agradable el esmero con que el autor enumera las nuevas enseñanzas técnicas que se han ido impartiendo en las aulas y talleres del ICAI. Es una prueba de que la educación integral, humana y cristiana, no solamente podía conseguirse leyendo la *Ilíada* o la *Eneida*, estudiando metafísica o hilvanando silogismos, sino también aprendiendo las asignaturas de mecánica y electricidad, haciendo experimentos en los laboratorios y manejando máquinas en los talleres. Más adelante, al fundarse los estudios jurídicos y empresariales, aparece el nuevo binomio ICAI-ICADE, que ha quedado bien reflejado en el libro, por el impulso que entonces recibieron las enseñanzas de nivel universitario. Pero el capítulo final se reserva en exclusiva a las Escuelas Técnicas en los últimos años. Es una concreción explicable. La historia de la Universidad en su conjunto ya se escribió en su año centenario. Faltaba poner el acento en ICAI, y ya está hecho.

Un segundo acento aparece en la formidable capacidad de adaptación de esta casa. Es una adaptación tenaz frente a dos tipos de dificultades. Adaptación de resistencia ante la adversidad (todo el capítulo 4.º, incendio y destierro, lo demuestra), y adaptación coyuntural, en respuesta a los retos de los problemas económicos, de los planes de estudio, de las trabas al reconocimiento oficial, de la competencia creciente y del desafío de Bolonia. Ha sido una historia siempre en vilo. La capacidad de adaptación, que el autor nos relata, rezuma tonos laudatorios, pues es una demostración de la capacidad organizadora y expansiva del centro.

Por último queda por indicar un acento sutil, que se le escapa al autor en muchos rincones de su obra. Me refiero a la valoración de lo que podríamos llamar el madrileñismo de ICAI. Fue, indudablemente, una obra original de los jesuitas de la Provincia de Toledo, que concentraron aquí lo mejor de sus afanes. Los estudios de ICAI-ICADE se convirtieron, efectivamente, en una universidad de hecho, equipada con los requisitos de una auténtica universidad (cap.VI). Faltaba el título que la convirtiera en universidad de derecho. La integración con la Universidad Pontificia Comillas supuso la coronación de una realidad universitaria preexistente. El autor explica el proceso de aquella integración y reconoce las grandes ventajas que supuso para todos. De este modo se acentuaba, con toda justicia, la aportación insustituible de los jesuitas madrileños, a la que se sumó la aportación, no menos valiosa, de la tradición y el espíritu de la Universidad Pontificia Comillas y cuantos en ella trabajaban.

Dice el autor, en las páginas introductorias, que no ha pretendido hacer solamente un libro «de regalo», de esos que no se leen. Aunque añade, no sin ironía, que, probablemente, este será su destino en muchas ocasiones. Ciertamente el libro servirá de precioso regalo, por su belleza formal, su diseño y sus ilustraciones. Pero a los escritores que no se dedican a la literatura recreativa no debe preocuparles demasiado que no se lean sus libros. Son gajes del oficio. El libro siempre queda y, aunque se cubra de polvo en una estantería, será una piedra testimonial en el edificio de la cultura. De todos modos, como dije al principio, este libro se leerá con agrado y provecho, porque está escrito con simpatía y sabiduría. Enhorabuena.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

RODRÍGUEZ, JOSÉ VICENTE, *Juan de la Cruz. Chico y grande* (San Pablo, Madrid 2007), 107p., ISBN: 978-84-285-3232-7.

Hace ahora cinco años la editorial San Pablo decidió poner en marcha una colección compuesta de sencillas biografías de las que el libro que ahora se presenta forma parte destacada. Antes de esta aportación sobre San Juan de la Cruz, vieron la luz títulos sobre figuras tan relevantes de la Iglesia Católica como Teresa de Calcuta, Edith Stein, Santo Tomás de Aquino o Juan Pablo II. En este sentido, la biografía que tenemos en nuestras manos responde plenamente a la condición de «libro de bolsillo», buscando una lectura ágil y fácilmente comprensible que sea capaz de atraer el interés no sólo de los especialistas en el tema, sino también del gran público. Ello explica el hecho de que, por ejemplo, el autor haya querido prescindir de todo aparato crítico (sólo hay una nota a pie de página, concretamente en la página 79), y que ni siquiera haya una sucinta bibliografía al final de la obra. En realidad, lo que José Vicente Rodríguez pretende es sintetizar en pocas páginas una vida intensa y fructífera y, desde esa perspectiva, llama la atención el hecho de que, a modo de conclusión, realice unas «evaluaciones» donde ofrece su visión más personal sobre este célebre santo de la Iglesia Católica.

Así, el autor ha querido dividir el libro en tres partes fundamentales. La primera es la titulada «Juan de Yepes», y transcurre entre 1542 (año de su nacimiento) y 1563. A continuación nos habla de «Juan de San Matías», una fase que dura exactamente un lustro (1563-1568). La tercera y última parte es la centrada en el «Juan de la Cruz»